

LAS VACAC

por Luciano CASTAÑÓN

CALIA el sol a chorros. Aunque era domingo, para Alfredo y su hija eso suponía poco; ambos estaban de vacaciones y durante varios días todas las horas serían domingo para ellos. Antes de iniciar el viaje, al padre le habían querido disuadir de su intención de llevar a él a su hija, insistiendo: «Pero con una niña de diez años, un viaje así; te estorbará, eso hará y no otra cosa.» Replicando él: «¡Bah!, son solamente diez o doce días por ahí; ella será mi juguete.»

En el barco correo —de nombre «Palomas», y que supuso una novedad para la niña— pasaron el estrecho sin marearse. Luego, ya en la península, se sirvieron de su propio coche con remolque. Ante ellos: carretera sinuosa, liso paisaje, pueblos dormidos y calcinados, a veces descarnados alcornos, callada mar por su derecha. Y todo ello por los ojos de la niña inaugurado; por los del padre, rememorado.

Avanzaban en el cercano mediodía. Sol y resol. Temblor de reverberos. Quemante el suelo. Así, conduciendo, Alfredo creía estar a la boca de un horno con la colada a punto de desparramarse hirviendo por los moldes. El fulgor del capot, el vaho de la gasolina, el pleno sopor cálido anulaban el más mínimo deseo de escuchar en la radio la música, las noticias de su país adoptivo. La niña, sudorosa, se había tendido en el asiento de atrás, rendidas sus miradas de rebrillos y colores nuevos. De improviso, apareció al borde de la carretera, en lugar estratégico, le flecha indicadora y el letrero en cuatro idiomas: «A la playa», «A la plage», «To the beach», «Zum strand».

Era un mal camino, curvo y en pronunciado descenso. Pronto apareció la playa alfanjada y blanquecina, contrastando con el verde bosque lindante que retrocedía en un valle presagiente de frescura, y del que venía un riachuelo que dividía la playa en dos partes desiguales.

Al notar que el coche se había parado, Elise se incorporó. Descendieron. Ambos se quedaron mirando la playa, estudiándola e intentando descubrir el mejor lugar para armar la tienda. El mar estaba muy en calma, aplanado por el peso del bochornoso aire; no se oía siquiera el murmullo de las leves olas desfalleciéndose en la orilla. Apenas si había alguien bañándose; el mar era casi quieto aceite, quieto desmayarse sin espuma; de él emanaban sauces de vapor.

Alfredo caminó —con su leve cojera— hacia la parte trasera del remolque, entró en éste y salió con la tienda plegada. Hizo una indicación a Elise y descendieron ambos a la playa. La arena se les

introdujo por los entresijos de su calzado; notaron su ardor. Cuando ya iban a armar la tienda, vieron, río arriba, casi donde comenzaban los árboles, más tiendas; era un lugar que no habían podido ver desde donde estaban situados antes. Más resguardado, más escondido y, además, casi ya con la sombra encima. Fueron allá con su tienda. Actuaron despacio: los palos del interior, las clavijas en el blando suelo, los vientos tirantes y cortantes, la tensa y amarilla tela.

Poco después, ya tenían puesto su traje de baño. Se dirigieron hacia el mar. El agua estaba caliente, pero aun así, su contacto se agradecía. Tíbieza en la piel; dormido placer; ansioso despertar. Jugaron, nadaron, dieron voces, se sintieron totalmente satisfechos.

Una vez fuera notaron que Alfredo había perdido el gorro que se había puesto para no humedecer su pelo; lo tomaron a risa. ¡Un gorro! ¡Un gorro! Al diablo todos los gorros del mundo. Sol y mar; cariño y playa; medular distensión; total despreocupación de todo acontecer no íntimo.

Pasearon, vieron pronto el puesto de bebidas; ante él, un toldo, y en el suelo o en sillas, gentes mostrando su carne ya morena, ya flácida, o bien tersa como la de la mujer que sostuvo risueña la admirada mirada que le dirigió Alfredo. La hija de éste miró al niño que acompañaba a la mujer y levantó los ojos cuando su padre le preguntó:

—¿Comemos, Elise?

—Sí... Pero ¿aquí?

Alfredo pensó al instante en sus latas con conservas y en la cocinilla y platos que guardaban en el remolque.

—Preguntaré.

Preguntó al del bar. Sí, si podían comer; claro que no cosas del otro mundo; éste era un bar humilde, sólo se armaba los domingos de primavera y diariamente durante el verano; y eso porque él, el dueño, tenía su casa por allí cerca, dentro del bosque, y en ella vivía durante las cuatro estaciones del año, con la leña, con el pescado, con la caza, con el bar; de todo un poco, según el frío, la lluvia, el sol, en fin, la temporada que fuese.

—¿Entiende? —finalizó el hombre dirigiéndose a Alfredo, que sólo había preguntado si podían comer allí.

—Sí —y a la niña—: Síentate, Elise.

Se sentaron los dos, procurando huir del sol que avanzaba imperceptiblemente por un banco. Alfredo miró de nuevo a la mujer, que hablaba con el niño, o mejor, escuchaba al niño, ya que ella se limitaba a asentir muda con solo mover afirmativamente su cabeza.

Un perro —el perro— conminaba al patadón; porque era reiterativo



Herrera

GRAN PREMIO "TRIUNFO"

IONES DE ELISE

en su rondar y querer satisfacer su hambre —no su sed— entre los pies de los comensales. Pese a su insistencia, se le notaba remolón y como huldizo.

—¿No tiene dueño este perro, patrón? —una voz.

—Es de nadie, creo —rió el del bar.

—¿Qué pesado, y qué feo, y qué ruín!

—Sí, tiene mal aspecto el pobre.

El perro mordisqueaba o comía algo que le tiraban lejos, sobre la arena candente y blanca, pero volvía luego —parecía que temeroso—, inconsciente de las molestias que ocasionaba, del clima reactivo que iba creando en las gentes del bar que, ya en contagio veraniego —sin ninguna otra preocupación—, estaban pendientes del ir y venir del alcaído can.

El veterinario, gordo de panza y sobrebarba, estaba gozando lo indecible con los vaivenes, la insistencia y el hambre voraz del huesudo perro, y también con las molestias y la inquietud de las gentes que permanecían sentadas en los desvencijados bancos, ante su comida, bebida o nada, sobre las toscas mesas, esponjas éstas de sol y lluvia, nunca catadoras de una mala capa de pintura. El veterinario, desde sus lejanos tiempos de estudiante, ya no había palpado las entrañas o sentido el simple contacto del cuerpo de un perro entre sus manos (su prontamente lograda plaza en el Macelo Provincial le eximía de preocuparse profesionalmente por minucias perreras o gatunas). El veterinario —durante el verano— se acercaba diariamente, en su coche, a esta playa apartada; podía hacerlo porque había conseguido su plaza por oposición y porque además no resultaba difícil para los empleados del Macelo Provincial poner sobre la mesa del veterinario unos papeles que él firmaría por la tarde o al día siguiente —era igual—; ni tampoco les era difícil a aquéllos estampar sobre las húmedas y blanquirrosas carnes del ganado vacuno o cerda —esto más problemáticamente— un sello ovalado —de tinta morada azul— que avalaba la libre circulación, adquisición, deglución y digestión de tal carne. (En los rojos —riego venoso— papos, morcillosas manos, flácidos pechos, semimacia curva de la andorga del veterinario, campeaba la más tierna, sabrosa y elegida carne de los animales sacrificados en el Macelo Provincial —aún éste con montoncitos de raticida por los rincones y un húmedo olor sanguinolento.)

Poco antes, alguien había lanzado, todo lo lejos que le fue posible, un pequeño envoltorio; el perro se entretuvo así, hociqueando y pateando afanoso para romper el papel que envolvía los residuos comestibles. Lograda su intención, que resultó fallida por el engaño, volvió insistente y cobardón hacia las mesas.

Rebrillaba la calva del veterinario. Alfredo y su hija llevaban ya un buen rato sentados; la mujer atractiva y el niño, también. El

dueño, parsimonioso, moreno y decamizado, se aproximó. Vio la actitud titubeante de Alfredo y dijo:

—El marisco de aquí es exquisito, señor.

Alfredo, a quien sorprendió la palabra «exquisito» en tal persona, sonrió, dejándose llevar de la aventura gastronómica que suponía el abandonar la elección de su comida en apreciación del dueño del barucho. Pensando en esto, llevaba la sonrisa en su cara cuando la giró y se encontró con los ojos risueños de la mujer, que le miraba, y que afirmó:

—Es cierto lo del marisco —añadiendo en seguida—: Una vez nos llevó en su lancha a mi hijo y a mí. Tiene muchas nasas en el mar, algunas, próximas a las rocas.

Alfredo asintió y bromeó col-

aventurero, una paz intranquila; cabían siempre los amagos de incertidumbre: una gaviota herida, una tempestad de verano, una pareja misteriosa, un delfín muerto sobre la arena.

—Bah, son cosas de todos los lugares.

—Pero aquí, como somos menos, tocamos a más.

—Estás muy morena —las palabras y la intención besaban la carne a que se referían los ojos acariciantes, catadores, deseosos.

—Sí —dijo ella asintiendo a la mirada posesiva de él.

—¿Y cómo te llamas?

—Gladys; con i griega.

—Nombre raro.

—No me parece. Es la costumbre.

—Pero no abunda por aquí.

—¿Res acaso extranjera?

la vez que llevaba sus manos a la pierna herida; su rostro —tan cárdeno— tomó color cerúleo, y tal parecía que de un momento a otro se desplomaría su voluminoso cuerpo. Elevó algo la pierna herida y vio las huellas profundas de los agudos dientes del perro, con dos de los hoyitos teñidos de sangre, que alguien se apresuró a secar con un pañuelo a la vez que el veterinario se tambaleaba y de su frente rodaban ya gruesos goterones de rápido trasudor. Se acumuló gente alrededor, alguien dijo que trajeran agua del mar, y un hombre le quitó el cubo a una niña para dirigirse a por el agua; mientras tanto, el veterinario permanecía absorto, con una abstención total en su mirada y una expresión mitad de dolor, mitad de asombro. Balbució:



mentando si no sería que ella tenía intereses económicos en el negocio y de ahí el hacer la propaganda. Rieron los dos, pero en él supuso mucho, en principio, el aparente ofrecimiento, y luego la lisa y morena carne de los hombros, el pecho de ella. Cuando la mujer volvió sus ojos hacia el dueño para contestarle: «Lo que tú quieras; y si no, lo mismo que aquí, el señor», él la ojeó más intensamente.

—¿Mucho tiempo en este lugar?

—tanteó Alfredo.

—Lo que va de verano.

Los niños se miraban.

—Sentémosnos juntos, así no tendremos que hablar tan alto, ¿verdad? ¿Vamos nosotros o venís vosotros? —preguntó persuasivo Alfredo.

—Vamos, vamos, es mejor sitio ese —aclaró ella.

Quedaron los cuatro, dos a cada lado de la mesa. Alfredo se interesó por el lugar, y la mujer le dio detalles. Era un lugar tan extraordinariamente pacífico, tan envuelto en naturaleza, que todo incitaba a la sorpresa; allí se sentía un sosiego

—Cubana... de nacimiento. ¿Y tú?

—Yo, un español que vive en Marruecos.

—¿Qué pequeño es el mundo!

—Me parece haber oído esa frase alguna otra vez —dijo él irónico, y, temeroso, añadió muy rápido—: Y no te enfades, ¿eh?

El dueño del bar trajo la fuente con los rosados, cálidos, flexionados langostinos.

—Animo, Elise, a por ellos —alentó Alfredo intentando quitar cohibimiento a su hija.

—¡Ah! Se llama Elise —comentó Gladys.

—Como su madre, que en paz descansa.

Gladys aclaró:

—Este se llama Fabián, como su padre, que en gloria esté —y pasó la mano sobre la cabeza del niño, que no bajó los ojos.

Repentina y sonorísima se expandió una carcajada del veterinario; había frustrado una oportunidad al perro, pisando algo que éste iba a comer; pero casi instantáneamente lanzó el veterinario un alarido, a

—¡Lléveme a la ciudad. Al médico. Pronto.

El cuerpo, con sus redondeados ojos, se dirigía hacia el lugar de donde sospechaba procedían los ruidillos, las veladas palabras, los soterrados murmullos. El bosque, excepto en aquel lugar, permanecía en silenciosa siesta. Quizá sus perseguidores lo buscaban por las cuevas del acantilado, hacia donde él había huido en un principio, ignorando que luego había girado hacia el bosque, cruzando el riachuelo. Caminó con extremo cuidado, aunque la levedad de su cuerpo le abstenia de tronchar los palos esparcidos por el suelo; avanzando, ladeaba a veces su cabeza para impedir el choque de alguna rama baja; se paraba, también, para orientarse. Eran siseos lo que le llegaban. Aquí, bajo los árboles, si se estaba mucho mejor que en la playa, con la sola defensa de la sombra dada por las tendas o las lonas del bar; aquí la fresca sombra hacia al cuerpo estar más ágil, a los sentidos, más vivaces. Rasgó el

SIGUE



INTERPENINSULAR FILMS, S. A.

Casa Central: La Torre de Madrid. Princesa, 1-4, n.º 7 - Tels. 241 3690/91 - MADRID-8
 Sucursal Centro: La Torre de Madrid. Princesa, 1-4, n.º 5 - Tels. 241 3687/88 - MADRID-8
 Sucursal Cataluña: Rombia. Cataluña, 90 - letra F - Teléfono 217 26 08 - BARCELONA-8
 Sucursal Andalucía: Trojano, núm. 14 - Teléfono 12345 - SEVILLA
 Sucursal Levante: Barón de Cárcer, 52 - Teléfono 216873 - VALENCIA
 Sucursal Norte: Alameda Recalde, núm. 46 - Teléfono 230649 - BILBAO
 Sucursal Noroeste: Juan Flórez, n.º 33 - Teléfono 22333 - LA CORUÑA

LISTA DE MATERIAL TEMPORADA 1963

ES UNA PRODUCCION 1962

EJERCICIO PARA CINCO DEDOS

MAXIMILIAN SCHELL
 ROSALIND RUSSELL
 JACK HAWKINS
 RICHARD BEYMER

Director: DANIEL MANN

LAS ULTIMAS CIEN HORAS

JEFFREY
HUNTER

Director: GERD
OSWALD

UN REY SIN CORONA

O. W. FISCHER
 HORST BUCHHOLZ
 ODILE VERSOIS

Afacolor

Director:
HARALD BRAUN

Según la obra de
A. J. CRONIN'S

EL SECRETO DE USHAWS - 52

VAN JOHNSON
 VERA MILES
 JEAN KENT

Director:
JACK CARDIFF

ADAPTACION DE LA NOVELA
 DE ALEXIS CURVERS
 «TEMPO DI ROMA»

VIDA DE ROMA

CHARLES AZNAVOUR
 ARLETTY
 SERENA VERGANO

Director:
DENYS DE LA PATELLIERE

NOCHE ETERNA

MAJ ZETTERLING • BIRGER MALMSTEN

Director: INGMAR BERGMAN

CERRADO POR ASESINATO

RAFAEL ALONSO • MARA CRUZ
 FELIX DAFUCE • ALFREDO MAYO

Director:
J. L. GAMBOA

ESPECIAL

VERSION ORIGINAL

SUBTITULADA

"SPECIAL"

VIVIR DE ILUSION

"SPECIAL"



(The music man)

ROBERT PRESTON - SHIRLEY JONES

Director: MORTON DACOSTA

"EXCELLENT" TECHNICAL

TECHNIRAMA

"EXCELLENT"

las vacaciones de élise

cielo un fugacísimo relámpago de verano; se escurrió una sabandija; de un árbol cayó un huevo; sonó una voz lejana; y muy cerca, a la izquierda, tras aquel espesor, sonaron las palabras y las risillas musitadas, emocionadas, contenidas. El riachuelo —y le había sido imposible beber su agua— quedaba más lejos; valle arriba, el molino —una vez allí, toda la tarde jugando con la hija del molinero, que le tiraba palos a la presa—. Tensó las orejas, muy atento, levantó su hocico al cielo; le llegaban sonidos que desconocía, avanzó un poco más y se introdujo en el matorral; sus ojos vieron a la pareja en un

nuevo un silencio denso; parecía muerta la mujer, el hombre la acariciaba; habló: «Gladys». Ella entreabrió los ojos, y mirando al hombre, le sonrió. Giró luego lentamente su rostro, con desperezo... y aspiró un grito a la vez que procuraba componer apresuradamente sus vestidos. El hombre se incorporó rápido e inquisitivo hacia ella: —¿Qué te pasa?

Ella señaló muda hacia el sitio entre los matojos. Insistió él:

—¿Y qué?

—¡Unos ojos fijos en nosotros!

Fue el hombre hacia allí. Regresó risueño. La calmó:

—Es el perro de la playa. Lo asustaste, pauvre —en seguida volvió a inclinarse él, arrodillándose ante Gladys, que estaba sentada; ambos se abrazaron así. Luego se tendieron nuevamente.

Ya estaba muy avanzada la tarde cuando Alfredo volvió a incorporarse; pronto vio de nuevo al perro, que acechaba receloso a alguna distancia. Alfredo cogió una piedra y se la arrojó sin intención de hacer blanco. Se oyó el quejido del perro, alejándose.

—Le di —comentó gracioso Alfredo.

Cuando la pareja, contenta, regresaba a sus tiendas cerca de la playa, se vio sorprendida en un recodo intrincado del bosque por la rauda aparición del perro, que, higerísimo, mordió una pierna de Alfredo, prosiguiendo su veloz carrera. Pasado el susto, ambos miraron el mordisco en la espinilla, donde habían quedado los pozuelos de los marcados dientes y donde se asomaba una roja gota en afán de deslizarse.

—Vamos a curarlo, lo lavaremos en el mar —dijo él, y viendo la asombrada impresión de Gladys, continuó: —No te asustes, ¿eh? —bromeando aún—, que el mordido soy yo.

«¿Así que te llamas Elise?» «Sí.» «¿Y hablas español?» «Claro.» «Pero tu nombre no es español, ¿verdad?» «No.» «¿A qué jugamos, qué hacemos?» «No sé.» «Hablas poco. ¿Es que no te atreves? Mi madre habla mucho; tú, cuando crezcas, cuando seas como ella, también hablarás mucho.» Se habían parado en medio de la playa, ahora sonoramente sola, pues tanto sol en la incipiente tarde invitaba solamente al sopor. Ni en el bar se veía gente. «¿Dónde vamos?» —preguntó Fabián—. Elise hizo un mohín de duda. Prosiguió él: «No sé qué hacer contigo. Bueno, entonces ven, y me obedecerás porque yo soy el mayor; caminaremos sin rumbo..., aunque sólo tenemos tres rumbos: las rocas, el bosque o los caminos

que conducen a la carretera.» Caminaban. Fabián le cogió una mano a Elise; se las notaron mutuamente cálidas, sudorosas.

Fabián se paró, y enfrentándose a la niña, la miró fijamente; despaacio acercó su boca a la de ella y la besó. Elise no tuvo goce alguno, percatándose tan sólo de la flácida suavidad de los labios de Fabián, pero quedó muda y con la mirada al suelo. «Anda, vamos —impuso él, y agregó:— ¡No te enfadarás, verdad?» No tuvo respuesta. Continuaron caminando.

La ociosidad y la molición de la agobiante tarde llenaban la imaginación del niño con ansias, congojas y pensamientos lúbricos. Según caminaba junto a la niña, la representación imaginaria de un hecho concupiscente ya pasado, le enardecía y la probabilidad de su repetición o de otro semejante le ofuscaba.

Bordeaban un camino estrecho que los alejaba de la playa, cuando él quedó repentinamente parado al ver una forma tras unas matas, tendida tranquilamente al sol. Extendió su brazo para contener los pasos de la niña. Despaacio, para no despertarla, si dormía aquella, pues tenía los ojos cerrados, fue situándose en lugar apropiado para verla mejor, haciendo indicaciones a Elise para que se apartara. Ya sentado, comenzó a regodearse con su contemplación; el cuerpo largo, relleno y desnudo, enseñaba una piel tersa y brillante cubriendo la apretada carne; su abandono demostraba una entrega total, un goce pleno, de nirvana, en el que sumergía gozosamente los sentidos. Fabián hubo de echarse hacia atrás por dos veces, ya que ella, lánguida, vagamente, movió su cabeza para mirar a ambos lados por si alguien pudiera estropearle, con su presencia, aquellos deleitosos instantes. Fabián, domeñado por los sentidos, apenas si podía entretenerse en apreciar particulares perfecciones; él veía solamente un cuerpo, un cuerpo más bien largo, lustroso y como Dios lo trajo al mundo; la piel le parecía ligeramente verde-amarilla y el torso blanquecino.

El sencillo ruido que hizo Elise al pisar inconscientemente una resaca rama fue suficiente para que huyera la escamada y vivaracha lagartija tendida al sol y que con tanto interés contemplaba Fabián.

Tres días después, la nueva playa en que se bañaban Alfredo y Elise distaba trescientos kilómetros de la primera; estaba aún más solitaria que ésta y habían descendido a ella por tenerla tan a su mano. Cuando, después de comer, Alfredo buscó un sitio sombrío para dormir, Elise conectó la radio del coche y se puso a mirar revistas infantiles compradas el día antes. Más tarde, pensó que su padre ya debía estar de regreso, por lo que caminó a buscarlo hacia el lugar que él había elegido. La radio, sin que la playa fuera escuchada, emitía en aquel momento esta noticia: «Atención. Servicio de socorro. Recordamos una vez más a la persona que en la playa de la Rosa se sabe fue mordido por un perro sin dueño, se presente urgentemente para su tratamiento antirrábico, enfermedad comprobada en dicho animal que mordió también a otra persona ya sometida a tratamiento. Insistimos, por su bien; en la urgencia de su presentación. Repetimos.» Y fue repetida inútilmente la advertencia.

Luego, en la radio, sonó una música disparatada.

GRAN CONCURSO "TRIUNFO" DE NARRACIONES

Octava relación de originales recibidos

REFLEJOS DE UN MUNDO
PIADOSO.

EL PRIMO POBRE

Y LA NIETA MAYOR,

de José Antonio Pines Ferrándiz.

EL PARTO,

de Francisco Cantos Moyano.

YA ACABO,

de Acacia Montana.

EL REFLEJO,

de Antonio Benet Pujol.

EL JUBON DE TERCIOPELO,

de Concha Gracián.

E 7517922,

de Sejo Stul.

EL PILLAJE,

de José María Rodríguez Méndez.

LA NOVELA,

de Gonzalo Medina Zapater.

EL LOCO,

de Carmen Valery.

ALBERTO, LA ETERNIDAD

Y LA PRIMAVERA,

de Antonio Martínez Collado.

TRISTES CANDILEJAS,

de Luis López Irigoyen.

RODAJE EN EXTERIORES,

de Fernando Manjón.

VIOLETA,

de Manuel Ortega Morales.

MÁS QUE EL SOL

Y EL TRIGO,

de J. F. Almagro.

CITA EN SILENCIO,

de Terregga.

EL FISITO,

de Asunción Aguiló.

EN LA PLAYA,

de José Costero Fera.

AMURA,

de Manuel Quiroga Clérigo.

JUICIO PARA UN HOMBRE,

de María Antonia Fernández Gómez.

UN PEDAZO DE TIERRA

PARA ENTERRAR A UN

HOMBRE

y ENCUENTRO AL AMANECER,

de Dario Ruiz Gómez.

LAS BODAS DE PLATA,

de Eduardo Tijeras.

REBELDE,

de María Luisa Imbermón.

SNACK-CHIRINGUITO,

de Juan Marse.

LA ÚLTIMA MAÑANA,

de Luis Alfredo Béjar.

LA CARTA DE

RECOMENDACION,

de Juan María Mansera Conde.

MIENTRAS LOS PERROS

LADRAN

y

CONFESION DEMORADA,

de Carmen García Bellver.

LA ANGSTIA DE

JOHN T. PITBURY,

de Angelines Lamelas Oiarán.

EL CENIZO

y UNA PIEDRA EN EL AGUA,

de Fernando Díaz Plaia.

HISTORIA SENTIMENTAL,

de Yeye Aguilar Rojas Marcos.

EL PECADOR ETERNO,

de Luis Mateo Díez Rodríguez.

UNA GOTA DE MIEL,

de G. de la Vega.

BAJO EL SOL

DE NOVIEMBRE,

de Armando Queredo Lozano.

EL SILENCIO DE DIOS,

de José Luis González García.

EL PESCADOR ETERNO,

de Samuel Sirio.

LA ISLA,

de Francisco Vaquerizo Moreno.

LA DELICADA

OPERACION DE MATIAS,

de Julio Varas Martínez.

LA ILUSION ACABA

AL AMANECER,

de Txon Calleja.

LA CHINARRITA Y EL RIO,

de José Ibáñez Mellado.

LA FELICIDAD,

de Manuel Alvarez de Sotomayor.

EVOCACION,

de Carmen Roldán Pros.

EL CUCHILLO,

de Luis Siles Alcalde.

TALLER DE GRABADORES,

de Julián Lanchas Jiménez.

SERA UN SUEÑO,

de Palauet.

GANSOS EN OTONO,

de Lau Azeta.

EL TIO ESPIRRIO,

de Fermína Caridad Cruz Pérez.

NOCHE DE VERANO,

de Antonio Badía Altés.

EL ABUELO PEDRO,

de Manuel Enrique Seijas Muñoz.

LA PIEDRA,

MARAVILLOSA MUÑECA,

de María Victoria Arroyo Sainz.

SILVIA,

de María Teresa Maine Ponz.

CAMA DE POBRE,

EL HUMO DE LA FABRICA

y

EL DESFIDO,

de Mauro Múñiz.

TAUROMAQUIA,

de Luis Martín Santos.

LAS VACACIONES DE ELISA,

de Luciano Castañón Fernández.

UN AMOR VOLO EN

LA NOCHE,

de Angel Vega Huerta.

OLAS EN SI BEMOL,

de R. J. Mirce.

NOCHE SILENCIOSA,

de Francisco Cruz Avalos.

UN POBRE HOMBRE

y

JACOBO,

de

Agata Guzmán.